

La Inauguración del Ateneo Americano de Washington

El Insigne Hemisferio

POR EL DR. RAFAEL HELIODORO VALLE

Ha sido una coincidencia venturosa la inauguración del Ateneo Americano de Washington en el día más americano, uno de los más ilustres de la historia. Hemos escogido la fiesta de cumpleaños de una gran familia, para asumir públicamente las responsabilidades del hombre de letras que con éstas sabe construir nuevos vínculos de solidaridad humana. El Nuevo Mundo tiene, ahora más que nunca, una significación que está más allá de las palabras; es un compromiso para trabajar religiosamente al servicio de la civilización y la cultura; es un santo y seña para millares de gentes que creen, con pasión decidida, que sólo el espíritu hace conquistas permanentes y sólo el amor hace milagros.

La profecía de Colón, el más grande de los poetas de América, está en marcha, investida de luz. Colón es nuestro profeta y el mar y la aurora son sus heraldos. Con sólo evocarlos hacen un pacto de táctico entendimiento los hombres de todos los pueblos, y hasta las lenguas diversas y las culturas que en este hemisferio han encontrado su ámbito de expresión se estremecen de alegría en esta fecha. En una de nuestras islas maravillosas Colón escuchó, entre el alba, una voz hechicera que —según puntualizó— era la misma voz del ruisenior de Andalucía. Y aquella alucinación no fué más que el presentimiento de que se encontraba en una tierra nueva en la que el aire y la sensibilidad del Occidente se rejuvenecerían en una primavera eterna.

Saludemos al más prócer de nuestros padres, con rendimiento y emoción, porque en el amanecer de nuestra conciencia histórica él es el verbo y la acción. Bajo su auspicio seguimos trabajando por una América mejor, todos los días. Una América en la que, engrandeciendo las orgullosas herencias, podamos utilizar lo que hicieron las manos y la mente del hombre mediterráneo. Fieles a nuestro pasado creador, sabremos honrar a nuestros fundadores, a los que construyeron pirámides, inventaron un calendario y descubrieron la América del maíz; a los que en el basalto esculpieron muchedumbre de imágenes y de sueños.

Nos hemos reunido en este recinto en que se unifican las banderas de nuestras patrias, apretándose en un solo haz, para rendir otro homenaje a Palas Atenea, la diosa de oro y marfil en quien los griegos depositaron la plenitud de su esperanza. Cuando este grupo de hombres de estudio resolvió tener personalidad propia, buscó nombre modesto, pero significativo, y no le fué difícil encontrarlo con sólo invocar a la que fué animadora de numerosos pueblos. El Ateneo Americano de Washington se ha puesto bajo el pa-

trocinio de la mujer más luminosa de la antigüedad clásica, bajo cuya sonrisa la inteligencia perpetúa su excelencia. Este grupo no busca renombre colectivo ni individual, ni estéril pompa, ni ruido falaz, porque le bastaría con defender un programa de trabajo que —según aseguró el poeta italiano— es breve como una gota de rocío y grande como un destino. En el Ateneo están algunos representantes de la tierra de uno de los grandes humanistas civilizadores, Tomás Jefferson, que amó y sirvió a Atenea con toda su voluntad y su ardimiento sosegado; y hombres de México y de Argentina, hombres de las tierras andinas y de las islas y los litorales que "el sol enamorado circunscribe". Y, no podrían faltar algunos de los altos ingenios del solar hispánico, que sigue siendo nuestra alma máter, nuestra patria nutricia. Todos los habitantes de una gran patria espiritual en la que brillan, con fulgor perfecto, muchos de los grandes de la América que en esta parte del mapamundi recogieron experiencias insignes: Miranda y Heredia, Sarmiento y Martí. Por los caminos de la simpatía les vemos pasar aún, en busca de nobles luces para encender antorchas de amistad. El siglo XIX les saturó de inquietudes revolucionarias y encontraron en la América de habla inglesa muchos de los generosos pensamientos que desbordaron sobre páginas que son el orgullo de nuestro tesoro intelectual, y nos permitieron asomarnos a éste cuando ya Livingston había entusiasmado a José Francisco Barrundia con su Código de Louisiana y Horacio Mann a Sarmiento con la ejemplaridad de su conducta.

Si el Ateneo Americano de Washington fuera a buscar sus precursores, ellos serían los hombres de aquella generación incomparable que abrieron a los Estados Unidos la ruta de la curiosidad constructiva hacia el mundo que dice el Padre Nuestro en español: John Lloyd Stephens,

William Prescott, George Ephraim Squier. Ante estos americanos del hemisferio, ¡qué júbilo en el que nos invade aclamando sus hombres en este día! Fueron descubridores de la grande América, que está afanada en busca de la unidad de su pensamiento científico y de su pensar jurídico, deseosa de penetrar más en los misterios del Perú mágico y del México de Quetzalcoatl.

Desde Colón hasta Humboldt y desde Mutis hasta Raimondi, han sido viajeros los que han trabajado más por la amistad de nuestros pueblos, pese a todos los enemigos del progreso; pese a los idiomas, las economías, los enredos burocráticos, los antecedentes históricos.

Viajeros a lo largo del mundo seductor de América, en el que cada patria tiene una tradición y un estilo de vida, pero en el que hay un perfil y una voz que procuran definirse en la sinfonía humana. Viajeros que ansían recorrer horizontes de ideas, tierras interiores en las que todavía se yerguen los mitos de El Dorado y de Canaima, sueños y realidades tremendas; pero siempre con la figura de América en el alma: eso queremos ser, tan sólo, quienes hemos fundado este Ateneo. Y anhelamos también transmitir a nuestros territorios amados, lo que nos haya sido posible aprender en nuestra conversación con quienes, en la patria de Jefferson y Lincoln, de Poe y Whitman, de Irving y de Ticknor, desean ver en la América mestiza de Altamirano y de Nabuco, de Rodó y de Sierra, algo más que paisajes, almas; algo más que sangre doliente, heroísmo creador.

¿Hay una poesía hispanoamericana? ¿Una poesía que sea común denominador de América? ¿Hay una novela, una filosofía, una historia, un arte americanos? Estas preguntas exaltan nuestra inquietud y nos presentan un panorama confuso de ideas y de posibilidades. Vamos, indudablemente, hacia la estructuración de un Derecho Americano; contamos ya con bases sólidas para una ciencia americana, que no pretenda emanciparse de lo universal. Cada uno de nuestros países tiene

un pasado que en ciertos momentos fué el mismo y que comenzó a bifurcarse cuando aparecieron los caballeros andantes del siglo XV, que procedían de diversas Españas, la andaluza y la castellana, la vasca y la gallega. Pero en el albor de nuestras nacionalidades volvieron a identificarse los pueblos y se tendieron la mano para pelear por la emancipación política: el guatemalteco Irisarri fué dictador en Chile, el ecuatoriano Rocafuerte político y diplomático en México, el cubano Heredia magistrado y maestro en México, el venezolano Bello uno de los constructores del Chile moderno. Y cuando reaparecieron signos nefastos en el cielo, el colombiano Santander y el centroamericano Morazán ofrecieron su espada a México, y qué de extrañío que más tarde, en las postrimerías de ese siglo convulso, el argentino Sarmiento civilizara entre los chilenos, el puertorriqueño Hostos alzara cátedra en Sudamérica y el cubano Martí hiciera oír su voz bíblica en los mejores diarios de nuestras metrópolis que le vieron pasar, magnolia herida!

Una escocesa de alma inefable, Francis Inglis, a quien conocemos más por la Marquesa Calderón de la Barca, escribió, sin quererlo, al cartearse con una amiga suya en Boston, uno de los libros más deliciosos, que seguimos leyendo: "La vida en México"; un libro de encanto inmortal, sólo comparable a "Peregrinaciones de una paria" de Flora Tristán, que no podrán escribir todos los agregados culturales del mundo si se propusieran hacer una obra que fuese una piedra blanca más en la historia de la cooperación intelectual. Eran los tiempos en que William Prescott se fascinaba escribiendo sobre la conquista de México y del Perú y cartas eruditas a Lucas Alamán y Joaquín García Icazbalceta. Eran los años en que Longfellow atisbaba hacia las nieblas y las campanas del Golfo de California, y el venezolano Pérez Bonalde y el guatemalteco Domingo Estrada se asomaban al alma extraordinariamente sensitiva del poeta de "El Cuervo" y "Las campanas". De aquella época nos quedan tres libros de viajeros iluminados: los de Lorenzo de Zavala, Domingo Faustino Sarmiento y Justo Sierra, en que captaron mucho del paisaje y la silueta del habitante norteamericano. Sin haberlos leído, John Lloyd Stephens, que había viajado por Grecia, escribió "Incidentes de un viaje a través de Yucatán, Chiapas y Centro-América", y George E. Squier su "Waikna" y su libro sobre el Perú, impregnados de sabiduría amorosa, de comprensión exquisita.

El camino quedó abierto para que en el sur y en el centro de América buscaran poemas, historia, leyenda y erudición, Archibald McLeish, Hart Crane y el novelista Steinbeck; el oceanógrafo William Beebe, cuya "Noche en Haití" es una página de antología; y los historiadores de

INSTITUTO TECNOLOGICO DE MEXICO

DE LA

ASOCIACION MEXICANA DE CULTURA, A. C.

Escuela Preparatoria

4º y 5º años

Escuela de Economía

1º, 2º, 3º y 4º años

Escuela de Administración de Negocios

1º, 2º y 3º años

Palma Norte, 518, 6º piso.

Tels.: 18-68-43 y 36-35-74

MEXICO, D. F.

Director General:

LIC. EDUARDO GARCIA MAYNEZ

terarios, los exploradores de lo inédito, que en sus vacaciones han encontrado en la América Hispánica la fuente que no pudo encontrar Ponce de León. No repito sus nombres, porque se hallan latentes en los labios de todos los hombres de estudio; pero sí debemos ofrecer una orquídea a quien ha encontrado en el fondo de nuestro bosque lírico fragancias y brillos que lucen airoosamente en los jardines del inglés; a Muna Lee, madrina de nuestro Ateneo.

Nos proponemos, en relación con los países americanos, fomentar la coordinación de las raíces indígenas y occidentales, de la literatura que sigue produciendo, estudiándola y divulgándola; anudar vínculos entre los escritores y las instituciones con quienes se relacionan. Queremos ofrecer desde Washington una tribuna propicia para que se exprese y sea escuchado el pensamiento de los que ensanchan nuestro patrimonio literario, y a la vez deseamos estimular las tareas de acercamiento espiritual que son una de las razones de vida de la Organización de los Estados Americanos y de la UNESCO. No pretendemos más ni menos; no ambicionamos más premio que el del júbilo de servir; convocamos desde hoy a quienes, como nosotros, deseen reclamar ese derecho. Nos interesan, nos apasionan todos los problemas de nuestro tiempo. No nos conformamos con ser los depositarios de la obra buena y bella de nuestros fundadores, sino que deseamos superarla. En el alma sentimos el impacto de la preocupación atormentada; y en los oídos nos resuena la urgente invitación a la aventura que en la parábola "Excelsior" nos hace el héroe longfeliano y el "Adelante, siempre adelante" de Darío. Lo americano ha dejado de ser un mito; es una calidad.

No temamos que sean aniquiladas la civilización y la cultura que a los del norte y el sur nos confirió el rango de custodios del poderío de pueblos que han periclitado. Ya Paul Valéry afirmó en un momento crucial, que los valores eternos de Europa estaban a salvo en América y que el Occidente se había tácitamente rescatado. Del Norte de la Estrella Polar a los confines de la tierra que ampara la Cruz del Sur, presentida por Dante, hay un hervor de levaduras antiguas que tienen el encanto de la modernidad. Porque de este lado del Atlántico de las carabelas y los leviatanes, se hallan los descendientes de Cortés y de Hudson, de los vikingos y los hispanoafricanos, los centauros y las nereidas. Con los pensamientos de Tomás de Aquino y Tomás Moro, los sueños de los tecnólogos —desde Tales hasta Torricelli—, los esquemas de Leonardo y de Durero, todo lo presentado y lo inventado, hemos sabido encontrar para ventura de nuestro mundo americano el clima para que esos pensamientos, esos sueños, esas realidades disfruten a cabalidad su triunfo. Si el norte ha dado varios de los inventores impares en la historia, la otra América se ufana de haber podido demostrar con Andrés del Río en México, Santos Dumont en el Brasil y Carlos Finlay en Cuba, que también po-

se claves para sobresalir en la investigación científica. Y si la América hispánica se ha distinguido por las excelencias de sus pintores y tiene ya dado un paso en firme hacia la novelística, la que se expresa en inglés ha logrado madurar tanto como en el ensayo y la novela, en la arquitectura y la filosofía.

Por encima de nuestras diferencias, que son las que mejor acusan el sello propio, está la aspiración de entendernos sin suspicacias. Unos y otros podemos aprender mucho, interamericanamente. Los del norte deben gozar las experiencias adquiridas por el sur en lo estético y los del sur adelantar en la tecnología y en la disciplina para la acción. Miles de estudiosos de nuestra América vienen a estas universidades y museos, a estas bibliotecas y estos campos agrícolas en busca de conocimientos sedimentados; y muchos norteamericanos, al visitar nuestras zonas arqueológicas, nuestras escuelas de verano, nuestras casas y nuestros sagrarios de arte, no solamente nos descubren sino que regresan con motivos y preseas para sus conversaciones y sus libros. He aquí una sucesión de hechos felices que nos comprueban que Ulises Grant tuvo razón al decir: "Si la naturaleza nos hizo vecinos, que Dios nos haga amigos."

Sabemos que se interponen las barreras alzadas por la ignorancia y el prejuicio; pero la gota de agua de la parábola de Víctor Hugo puede ahora horadar la montaña de granito. La civilización tiene esencias y valores que deben estar a las órdenes de la cultura. Pero no de la cultura que edifica felicidad para la minoría, sino la que puede acercarse a los que sufren, para elevarlos a cimas de dignidad. Ya es hora de que surja una confederación de espíritus americanos, una alianza de quienes aspiran a configurar esa América total que nació en el cerebro de José del Valle, Melchor de Talamantes y Simón Bolívar, y que algún día condensará la aspiración de quienes han trabajado por ella desinteresadamente.

Nuestro Ateneo quiere continuar esa gran tarea. Su programa es mínimo; su entusiasmo es capaz de hacer que se alce un esbelto edificio, en el devenir del tiempo, sobre esta piedra inicial. Almas abiertas al esplendor de la esperanza, como las que se han congregado en su advenimiento, acaso no veremos el fruto de la cosecha codiciada; pero si ningún esfuerzo se pierde, si hasta el fracaso puede servir de lección, estamos seguros de que después de nosotros llegarán quienes recojan los fragmentos de la rosa y la hagan recordar su instante de eternidad.

Lo que prometemos es la humildad de la intención que se brinda a quienes más tarde sean capaces de engrandecerla con ímpetus renovados. Ha sonado la convocatoria y la puerta está de par en par abriéndose a las mentes que no pueden estar inactivas. Hemos querido señalar en el mapa de América a la que es una de las grandes capitales, un punto de referencia para ubicar la doble ambición de dar a la palabra su justo valor, el de trabajar por el entendimiento de los hombres hacia un futuro que supere al que desea-

ban los que nos precedieron. Prisa en la acción, amor a la tarea: eso es todo lo que necesitamos. En el Brasil de los diamantes y de los pensadores diamantinos; en la Argentina que lleva en su nombre la heráldica hermosura de un metal; en cada una de nuestras patrias, hay un material humano que es la más rica de nuestras materias primas, que necesita definir la vocación y acelerar el paso. Lo tenemos, a pesar de los genios del mal, de los que se solazan sembrando la discordia; frente a ellos estamos en pie los que creemos en la grandeza de un mundo que sigue siendo el Nuevo Mundo.

Nuestra América, la que advino a este continente antes que los peregrinos del "Mayflower", tiene derecho a la convivencia, a que cada día se le cristalice; y puede reclamar para sí lo que para México dijo Justo Sierra, uno de nuestros grandes maestros: "Mucho merece, porque mucho ha sufrido." Pero el deber del hombre de letras, del humanista vital, no es ya el que creyeron tener algunos de los poetas del romanticismo: lanzar el canto sin fijarse en la terrible realidad ambiental. Por eso la novelística está impaciente y hasta los antropólogos se sienten humanistas. América es nuestro numen, nuestra razón de ser. Con ella hemos hecho, desde el padecer de nuestros próceres, un sagrado compromiso: el de trabajar con la materia impura de la realidad, la magnificencia de los días que la esperan. Hasta hoy hemos producido Poesía —desde los artesanos y los orfebres de la América del maya y del inca—; es

lo que hemos podido ofrecer en la canción, en el presentimiento, en la fiesta de los colores murales. Lo seguimos ofreciendo; mas necesitamos que levanten la frente bajo el sol las almas libres y que la libertad sea conquista cotidiana. Para ello no bastaría la dinámica de las palabras, sino que hay que afianzarnos, con pies firmes, sobre la tierra en que vivimos y aprender a respirar el aire que nos envuelve. Esta es la América que nos sale al encuentro con su fascinación. Es la soñada por los utopistas, la cincelada por manos devotas que han hecho sufrir en el fuego de la verdad los metales espurios.

Este día es de gala para el Ateneo Americano de Washington. En él se derrama nuestra emoción y así la entregamos a la intemperie del tiempo, engalanándola con augurios resplandecientes. En las hondas raíces ancestrales de los idiomas mediterráneos que habla el hombre americano, late el fermento del origen común. Y no haya más temor al reiterarse la pregunta sombría del poeta sobre la posibilidad de que un solo idioma prepondere. Nos bastará que sigamos dialogando en el idioma que hablan los habitantes del vasto territorio de la cultura. No se pondrá el sol en los dominios de Cervantes y de Camoens, de Bernal Díaz del Castillo y del Inca Garcilaso, de Rubén y de Juan Ramón. Hay un idioma que sólo es hablado por "inmensas minorías" y es un idioma eterno; y los pueblos que han prevalecido en la historia, son aquellos que han trabajado por la grandeza creciente del hombre.

Mensaje de Juan Ramón Jiménez

Me alegra mucho la fundación de este Ateneo Americano de Washington, y me complace tener esta ocasión, tan agradecida (que un afectuoso nombramiento de Presidente honorario me da) de expresar por qué me alegra. Seré breve, 10 minutos.

Este Ateneo, que se propone ventilar la cultura general latina en y desde esta gran ciudad de este país extranjero para lo latino, que es Washington, puede ser sumamente beneficioso para todos los americanos de diversa lengua y patria que se agrupen en él. Estar fuera de nuestro país, y en contacto con otros paisanos internacionales, es un medio excelente de objetivar la visión nuestra de nuestro país y de los países que se le parecen por causas históricas o simplemente continentales. Nada más útil que vernos y criticarnos desde lejos y fuera, teniendo a nuestro país libre de nosotros y teniéndonos nosotros libres de él; y comparando la crítica de cada uno de nosotros, extrañados por más o menos tiempo, contrastada honradamente con la de otros extrañados de igual raza y lengua, nos traerá una ventaja unánime y acaso insospechada. Y en cuanto a los norteamericanos latinistas de lengua inglesa, tendrán también una ocasión extraordinaria, en este Ateneo, de comprobar sus opiniones sobre las gentes o los países que estudian y en cuyo am-

biente supuesto se mueven en Universidades o en puestos de afinidad, con múltiples posibilidades de cotejo personal directo. Este Ateneo ha de ser un vasto foro de trato.

Es cosa sabida de todo el mundo la dureza ibérica, gemela de la espartana, con que España y los españoles de todos los países, hijos, hermanos o como se quiera decir, han tratado siempre lo suyo: "Castiella que faz los homes e los desfaz." Nada mejor que esta exigencia para con lo propio contemporáneo, cuando está vivo el hombre hecho y es dueño de sí mismo. Pero ¿no sería conveniente para todos, españoles y no españoles, que lo histórico propio se tratase alguna vez de manera más amorosa por los que están viviendo de esa historia, conviviéndola? Si estuviéramos más enamorados de lo nuestro, como lo están, por ejemplo, los franceses de lo suyo, los extraños podrían comprender, sin duda alguna, que la creación hispánica literaria y artística (si no la científica, porque España ha sido siempre individualista y la ciencia es colaboración) representa, desde la Edad Media hasta este siglo en que vivimos, un tesoro al que únicamente podría compararsele el de un par de países del mundo, Francia e Inglaterra, y esto con mengua absoluta en algunos aspectos del arte, ya